



# LIBERALISMO: ¿RECREAR UNA HEGEMONÍA?

## LIBERALISM: RECREATING A HEGEMONY?

César Eduardo Santos Victoria<sup>1</sup>

1 - El Colegio de Veracruz, Veracruz, México

1. Email: [ce.santos.v@outlook.com](mailto:ce.santos.v@outlook.com) ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-6546-9311>

Recibido: 19/04/2023 Aceptado: 20/05/2023

**Cómo Citar:** Santos Victoria, C. E. (2023). Liberalismo: ¿recrear una hegemonía?. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 5(13), 51–61. <https://doi.org/10.51528/dk.vol5.id101>

### Resumen:

El presente ensayo discurre como un diagnóstico del liberalismo en el presente. Sin dejar de lado el despliegue histórico del proyecto liberal en occidente, nuestro artículo pretende dar cuenta de tres momentos críticos en el supuesto triunfo de la democracia liberal después del fin de la Guerra Fría. Tales momentos refieren a los atentados terroristas del 9/11, la crisis financiera del 2008 y el ascenso del trumpismo cuyo punto álgido se hizo patente en los ataques al Capitolio del 6 de enero del 2020. Todos ellos socavaron, de acuerdo a la tesis sostenida en nuestro texto, a algunos de los fundamentos normativos del liberalismo: respeto, tolerancia, igualdad y la democracia misma. Fueron, además, el punto de partida para las críticas iliberales mejor recibidas entre las sociedades occidentales y no occidentales, dirigidas al problema de la globalización, la inmigración y el multiculturalismo. Ante ello, esbozamos la recuperación de un nacionalismo liberal, al tiempo que proponemos la defensa internacional de los valores del liberalismo a través de instancias multilaterales.

**Palabras clave:** Liberalismo, iliberalismo, democracia, occidente.

### Abstract:

This essay is a diagnosis of liberalism in the present. Without leaving aside the historical unfolding of the liberal project in the West, our article aims to account for three critical moments in the supposed triumph of liberal democracy after the end of the Cold War. Such moments refer to the 9/11 terrorist attacks, the financial crisis of 2008 and the rise of trumpism whose climax became evident in the attacks on the Capitol on January 6, 2020. All of them undermined, according to the thesis sustained in our text, some of the normative foundations of liberalism: respect, tolerance, equality and the very democracy. They were, moreover, the starting point for the best received illiberal criticisms among Western and non-Western societies, directed at the problem of globalization, immigration and multiculturalism. In view of this, we outline the recovery of a liberal nationalism, while proposing the international defense of the values of liberalism through multilateral instances.

**Keywords:** Liberalism, illiberalism, democracy, west.

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

**U**n profesor a quien debo parte importante de mi interés académico por la filosofía mencionó, en alguna ocasión, acaso como nota marginal, que la duda metódica cartesiana podía llegar a entenderse como la primera hendija de un proyecto ético-político consumado en la Revolución Francesa. Si bien jamás ahondamos en las implicaciones de tal aseveración, teníamos, la mayoría de quienes asistimos a aquel seminario sobre Descartes, bien claros sus presupuestos. La duda, en la obra del francés, irrumpe, ciertamente, como principio del filosofar: revela la existencia del sujeto pensante, cuestiona a la tradición escolástica para fundar la metafísica moderna y, no menos importante, pone de manifiesto nuestro carácter de seres libres.

La naturaleza defectible del juicio permite conocer los límites de la razón, pero también el elemento infinito, impreso en nosotros, que se le antepone; a saber, la voluntad casi siempre arrojada a juzgar más allá de lo que el intelecto conoce. Voluntad infinita y racionalidad finita configuran, en consecuencia, el origen de todo error, mismo que obliga a preguntarnos acerca de la fiabilidad del mundo y nosotros mismos. Tal dimensión le sería por todas partes negada a un ser perfecto, o bien, puramente mecánico. Ciertamente, hay posibilidad de equivocarnos por cuanto somos libres e, implícito en ello, finitos.

La duda metódica cobija, por lo tanto, la tríada error, finitud y libertad. Más allá de lo explícito de este último principio en el itinerario liberal de la Revolución Francesa, es difícil incluir el resto de la trama cartesiana en el seno del proceso revolucionario mismo. Por cuanto pioneras del pensamiento auténticamente moderno, no

podemos, empero, desdeñar a Descartes como demiurgo –más bien indirecto– del ideario político de una época que, junto a la ciencia experimental y el progreso técnico, tiene como mayor legado al liberalismo. Más que poner en el centro de la especulación filosófica la intuición de la libertad negativa en sentido berliniano, o bien, la libertad de los modernos de Constant como garantía de aislamiento –tan caro, por cierto, a Descartes y sus meditaciones–, el filósofo francés puso ante los ojos de la tradición la idea de emancipación. Emancipación, en efecto, de un pensamiento al que consideraba, entre otras cosas, no estar a la altura de su tiempo.

La escolástica no podía hallar lugar en un mundo donde los cada vez más acelerados descubrimientos científicos demandaban un método seguro y fiable frente las eternas disputas del medioevo, fundadas en la autoridad y la deducción silogística. Si bien Descartes no logró liberarse nunca de las ataduras eclesiásticas –por miedo a compartir el fatal destino de Giordano Bruno o ser silenciado como Galileo–, la actividad intelectual por él llevada a cabo tuvo, sin temor a equivocarme, resonancias en el cuestionamiento hacia una institución cada vez más criticada por su dogmatismo, plantando ahí donde llegó su obra la semilla de la razón y la posibilidad de un conocimiento cierto acerca de los primeros principios de la realidad. Todo ello, sin necesidad de acudir al dogma religioso e intelectual.

## LA RUTA LIBERAL

El liberalismo puede leerse, por lo tanto, como un correlato político del pensamiento cartesiano. Así como Descartes, el proyecto liberal tomó parte en el mundo occidental como emancipación de toda institución anterior –vertical y restrictiva–, atada un tiempo ajeno al de la nueva realidad en



ciernes. Primero, con el ascenso de formas políticas que privilegiaban el gobierno civil frente al Estado eclesiástico. Por otra parte, la naciente burguesía que pugnaba por el mercado, la asociación libre entre sujetos y la acumulación capitalista a expensas del sistema feudal. Eminentemente, el despliegue de las revoluciones atlánticas a las que acompañaron nuevas instituciones políticas, todas ellas destinadas a extirpar el despotismo e instaurar un nuevo orden fundado en el ejercicio limitado del poder y la igualdad universal humana. Digamos, pues, que la actitud legada por Descartes coincide, en algún modo, con el auge liberal materializado en la emancipación del individuo de los poderes intrusivos de la Iglesia y el absolutismo.

El proyecto liberal posee una mística triunfal, puesto que, en la práctica, logró configurarse como la doctrina occidental por excelencia (Laski, 2014). No solamente al urdir una institucionalidad y lenguaje políticos hoy predominantes en nuestro mundo, sino también por su carácter aglutinador de luchas e ideas. Gracias al triunfo del liberalismo en el siglo XIX, por ejemplo, es posible entretejer un cierto *continuum* entre pensadores diversos, espacial, temporal o doctrinalmente: continentales e insulares, empiristas y racionalistas, contemporáneos del barroco, ilustrados y decimonónicos. De la misma forma, con el ascenso de la democracia liberal hacia la segunda mitad del siglo pasado, es posible dar cuenta de la consecución de derechos políticos, civiles y sociales en los Estados contemporáneos como un proceso histórico, nunca exento de contradicciones, encuentros y concesiones de distinto calado.

No obstante, los logros del liberalismo casi siempre han sido parciales, ya por limitarse en el tiempo, o bien, por la imposibilidad de materializar sus ambiciones de manera plena. Así,

la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano vio sofocados sus anhelos, en la práctica, con la época de El Terror. La Monarquía de Julio, por otro lado, fue a todas luces un fiasco liberal, no debido a las presiones externas del movimiento obrero, sino por el boicot que desde dentro llevaron a cabo Guizot y compañía. Del primer liberalismo pocas expresiones concretas resonaron a través de las épocas. Entre ellas, la monarquía parlamentaria inglesa producto de la Revolución Gloriosa.

Entrado el siglo XX, la crisis de 1929 y los experimentos totalitarios hicieron mella en el liberalismo quien, para sobrevivir, hubo de recomponerse a sí mismo, acercándose a la socialdemocracia y a los estados del bienestar. Incluso después del triunfo de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, la democracia liberal no pudo realizar su promesa, dada la presencia del enemigo comunista acechando desde el este. Asimismo, por la amenaza latente de otra guerra que, amparada en el armamento nuclear, poseía un potencial destructivo aún mayor que su antecesora.

Como vemos, hablar de un supuesto auge liberal es, ante todo, dedicarse a la especulación. El liberalismo, como proyecto político, ha pretendido una hegemonía imaginada. Su victoria, quizá, redunde en no fenecer junto a sus rivales históricos, a costa de reinventarse y ceder en el trayecto. Esa capacidad de adaptación, empero, le confirió una superioridad práctica que, en determinados momentos, lo ha colocado como el script más atractivo entre las alternativas posibles, gracias a su anhelo práctico-normativo de combinar pluralidad social y política con igualdad real.

1989 marcó el año en que, promisoriamente, tales alternativas acabarían y dicho anhelo sería consumado. Por momentos, así lo fue. A pesar de algunas resistencias en el mundo post-comunista, el proyecto liberal parecía tomar forma, por vez primera, como un orden internacional establecido. Se había afianzado, de nueva cuenta, la democracia estadounidense como modelo político hegemónico y se habían logrado proyectos de integración como la Unión Europea que modelaban una comunidad global a imagen y semejanza del liberalismo. El encantamiento liberal, no obstante, parecía tener fecha de caducidad.

### AMENAZAS QUE IRRUMPEN

Casi una década después de *El Fin de la Historia*, la civilización liberal-democrática presenciaría el primero de sus tres presagios funestos (Lasalle, 2021). Un 11 de septiembre de 2001 el terrorismo islámico asestó su más importante golpe al capital simbólico de occidente. Con el ataque a las Torres Gemelas, el enemigo venido desde Oriente Medio no solamente implantó el germen de la desconfianza hacia las estrategias de seguridad occidentales, sino que socavó uno de los basamentos en donde reposa el templo liberal. Además de revivir la máxima schmittiana según la cual una de las príncipes falencias del liberalismo –si no es que la mayor– es su indefensión ante los rivales (Fawcett, 2014), el atentado terrorista hizo cuestionarse a la sociedad liberal acerca del sentido de las fronteras abiertas y la tolerancia hacia los migrantes. En pocas palabras, el 11-S abrió la interrogante, parcialmente olvidada desde la caída del telón de acero, sobre si es preferible el caos al orden, sobre si vale la pena poner en entredicho la seguridad –global– para salvar la promesa de la libertad (Lasalle, 2021).

A pesar de los primeros brotes iliberales en forma de políticas antinmigración, xenofobia y, en general, rechazo al islamismo, occidente continuó su trayecto casi sin desviarse de la veta liberal. El descrédito franco vendría, no obstante, hasta la crisis financiera global de 2008. Con ella, la confianza en el modelo económico del liberalismo se desvaneció y la capacidad de los gobiernos occidentales fue puesta a prueba. Se trató, en efecto, de algo más que la economía y la iliquidez sistémica (Lasalle, 2021) propiciada por el libre mercado. Fue más allá, incluso, de las desigualdades exacerbadas tras aquel fracaso que cimbraba la consigna de igualdad universal humana, para situarse en el desdén ideológico hacia el proyecto (Krastev & Holmes, 2019), ahora concebido como impotente e inoperante ante la mirada del iliberalismo.

El tercero de los presagios funestos constituyó un episodio *sui generis* en la historia norteamericana y occidental contemporáneas. En él convergieron, sin ánimos de mimetizarse, dos fenómenos correlativos: el desangramiento de la democracia liberal y el más inclemente cariz del iliberalismo. Los ataques al Capitolio ocurridos el seis de enero de 2020 demostraron que la sociedad emblema del liberalismo estaba harta de sí misma. Las instituciones ideadas y construidas –en el sentido más propio del término– por Madison, Jefferson y compañía pretendieron socavarse simbólica y materialmente. De aquel anatrético acontecimiento lograba, simultáneamente, levantarse con éxito el trumpismo. A pesar de su derrota en las urnas, Donald Trump había conseguido formar un tsunami en la política estadounidense, cuyas aguas arrasaban la fe en la legitimidad de las elecciones presidenciales y, por lo tanto, en los poderes constituidos. El ex presidente, no obstante, fue solo un difusor del virus incubado casi un par décadas antes y cuyos



males alcanzaron en el camino, primero, a los países post-comunistas, implantándose más tarde en Europa Occidental. El *Brexit* y el ascenso de movimientos de extrema derecha en geografías como las de Francia, España e Italia dan cuenta de ello.

Con Trump, debemos reconocer, el virus adquirió una nueva cepa, agregando al nativismo y xenofobia de los fenómenos anteriores la centralidad del discurso antidemocrático. Si con el 11-S y la crisis del 2008 se habían agrietado los basamentos liberales de tolerancia, igualdad y pluralidad, así como generado desconfianza hacia el orden global instaurado en occidente, el trumpismo aglutinó a todos ellos bajo la estocada contra la democracia. El otrora presidente, por decirlo de alguna forma, fue un imitador de imitadores<sup>1</sup>. De Orbán aprendió a domesticar la Corte Suprema y a ganar acólitos en el legislativo. De Putin, a concebir la inmigración y el multiculturalismo como indicadores del fracaso liberal (Barber, Barker & Foy, 2022). La especificidad del trumpismo, sin embargo, reside en haber plantado la desconfianza en los procesos electorales, bastiones de legitimación para movimientos como el *Fidesz* orbanista. Todo ello, gracias a la polarización instrumentalizada desde la Casa Blanca bajo el más puro ánimo populista. Trump, en efecto, logró hacer del discurso *us against them* un medio para acceder al poder, pero también una forma de ejercerlo una vez investido. Los cada vez más irreconciliables puntos de vista entre la sociedad norteamericana, diseminada en identidades demócratas y republicanas, fueron el caldo de cultivo propicio para la emergencia y triunfo del *Make America Great Again*.

Como decíamos, el virus iliberal adquirió un carácter distinto después de Trump. Al trascender los bordes del anti-occidentalismo, se alojó en el cuerpo de la democracia, debilitándolo por medio de la desconfianza institucional y las movilizaciones negacionistas instigadas desde el poder. De este modo fue gestada una nueva naturaleza autocrática (Varieties of Democracy Institute, 2022) que, derramándose del molde anti-occidentalista, llegó hasta América Latina con la impronta de lo ocurrido en el Capitolio. Brasil fue el receptáculo predilecto de ello. Jair Bolsonaro arribó a la presidencia gracias al deterioro de la política tradicional de su país, amparado, sobre todo, en los escándalos de corrupción al interior de los gobiernos izquierdistas del Partido de los Trabajadores. Los elementos ultraconservadores del bolsonarismo se entrecruzaron con el discurso antidemocrático al que Trump abrió la puerta. El asalto al Capitolio encontró, tres años después, una emulación fiel en la Plaza de los Tres Poderes en Brasilia. Con ello, el iliberalismo adquiría un doble carácter mimético: uno de negación occidentalista y otro de afirmación trumpista.

Los populismos variopintos a los que América Latina se encuentra sometida, más allá de imitaciones ideológicas, comulgan en términos prácticos, adoptando en su seno elementos diversos del iliberalismo. Las más de las veces, los ataques son direccionados hacia la autonomía de los poderes y la consiguiente hipertrofia del ejecutivo, violaciones a los derechos humanos y entorpecimiento de los procesos electorales. En menor medida, su discurso es hilvanado gracias a una conciencia estrictamente iliberal, por cuanto rechazo al orden internacional establecido. Casi

1. Como señalan Krastev & Holmes (2019), el auge del iliberalismo en el mundo pos-comunista responde al imperativo de imitación impuesto por occidente en aquellos países. Lo anterior causó, a la postre, una suerte de resentimiento hacia el orden liberal internacional, por cuanto socavaba las tradiciones locales de las naciones en cuestión – eminentemente Rusia, Hungría y Polonia – y presumía de una superioridad moral frente a los imitadores. .



siempre desde las autocracias –Cuba, Venezuela y Nicaragua–, se ataca la presencia estadounidense en la región al modo de los post-comunistas, esto es, reduciendo el script liberal al modelo económico del neoliberalismo, acusando, asimismo, a la política exterior norteamericana de imperialista. La promoción de los derechos humanos como consigna liberal es vista desde el mismo tamiz. Ejemplo reciente de ello fue la expulsión de la embajadora de la Unión Europea en Managua, Bettina Muscheidt, después de haber hecho demandas en esta materia a Daniel Ortega.

Cualquiera que sea el caso, la internacional iliberal desafía radicalmente a todas las formas pluralidad existentes en la sociedad abierta. De esta manera, suprime el pluralismo político encarcelando opositores, prohibiendo y cooptando partidos de oposición, o imponiendo –a través de maniobras jurídicas o manipulaciones electorales– mayorías en el legislativo. En el plano intelectual, la diversidad de ideas es coartada por la existencia de una ideología oficial, o bien, por el acallamiento de formas de pensar alternativas a la del líder o grupo hegemónico. La prensa independiente, asimismo, es perseguida y censurada. Desde el punto de vista espiritual, el iliberalismo, cuando no impone, sí favorece unilateralmente perspectivas sobre la religión o el ateísmo. Tocante a lo social, los actores iliberales y, ante todo, su variante populista, privilegian las escisiones. La polarización instrumental alimenta el odio y la desconfianza hacia el otro, entendido como nocivo para la nación y la propia existencia. Con ello, el iliberalismo concreta su noción monista de la sociedad, excluyendo a todos aquellos ajenos al pueblo o la nación misma, y articulando a esta última en torno a una voluntad única que, a final de cuentas, es idéntica a la del líder.

En general, el monismo iliberal, como ya hemos mencionado, recupera las identidades nacionales en términos étnicos e, incluso, de religión. Así, Orbán defiende la conformación de una cultura cristiana en Europa y Hungría frente a la supuesta amenaza islámica. Putin proyecta al paneslavismo como horizonte de integración Euroasiático y, en el trayecto, niega la existencia de Ucrania como Estado independiente<sup>2</sup>. Trump, por su parte, antepuso discursivamente al ciudadano blanco estadounidense, mientras difundía el rencor hacia los inmigrantes de origen musulmán y latino.

Como vemos, la variedad iliberal acrisola en el rescate de una identidad nacional mayoritaria –pretendidamente auténtica– frente a sus amenazas, siempre vinculadas con los problemas irresolubles de Occidente a entender del iliberalismo: multiculturalismo y migración. Ello no sucede solamente desde la perspectiva conservadora. En América Latina el populismo, a veces autodenominado progresista, ha agitado el sentimiento nacionalista para deslegitimar la existencia del otro, generalmente concebido como oligárquico, capitalista y ajeno a los intereses populares. Desde esa lógica son desacreditados todos aquellos actores contrarios a la agenda del líder y su partido, generalmente asociada con políticas sociales remediales y económicas extractivistas, no siempre exentas, sin embargo, de algunas medidas neoliberales y prácticas patrimonialistas.

Unos y otros –conservadores y progresistas–, aunque queramos negarlo, llevan algo de razón en sus respectivos proyectos. Como mencionan Krastev & Holmes (2019), el soporte popular con el que cuentan no es una construcción espontánea ni un asunto marginal. Son producto, en efecto, de

2. Véase <https://www.nytimes.com/es/2022/08/27/espanol/independencia-ucrania-rusia-putin.html>.



la implementación de un modelo económico que exacerbó las desigualdades después de los accidentados años soviéticos –para el caso post-comunista– y de las traumáticas experiencias de las dictaduras militares, golpes de Estado y rebeliones guerrilleras –como sucedió en Latinoamérica–. Responden, de igual manera, a la erosión de las tradiciones locales en pos de una globalización súbitamente adoptada y, en ocasiones, impuesta. Así:

Todas estas experiencias se combinaron para dar lugar a una reacción nativista en la región, una reafirmación de las «auténticas» tradiciones nacionales, presuntamente asfixiadas por unas formas occidentales deficientes, de segunda mano. El liberalismo posnacional asociado a la expansión de la Unión Europea permitió a los populistas en ciernes arrogarse la propiedad exclusiva de las tradiciones y la identidad nacionales (Krastev & Holmes, 2019, p. 39).

Para el caso de nuestra región, la respuesta no fue tan uniformemente contestaría. Ello no impidió, empero, que irrumpieran liderazgos abocados a derribar los vestigios del orden liberal internacional en América Latina, concebido de una particular manera: más cercano al neoliberalismo desmoralizado y al imperialismo yankee, que al liberalismo como proyecto ético-político. La pérdida de lo nacional no exculpa, empero, la sed de poder como leitmotiv iliberal. No hay correlación, pues, entre el empeño por recuperar lo propio y prácticas como el personalismo, la xenofobia, el fraude electoral o la censura. Los líderes iliberales han esgrimido un argumento nacionalista negativo, con cargas peligrosamente violentas, exclusivas y etnocentristas (Nussbaum, 2021).

## QUO VADIS?

Creemos, por lo tanto, que la respuesta al iliberalismo debe encontrarse en una formulación liberal de la nación. No sin perder de vista, desde luego, la importancia de la comunidad internacional por cuanto comunidad moral (Nussbaum, 2021) en su carácter orientador-normativo, promotora de la igualdad y los derechos humanos como principios universales, capaces todos ellos de coexistir en la diversidad de instituciones jurídico-políticas locales. Como afirma Traub (2019), “Nationalism need not be synonymous with an exclusionary populism” (p. 281). La nación concebida liberalmente, en efecto, es un concepto inclusivo que reconoce los intereses de la propia comunidad, pero sin olvidar nunca el derecho de otros colectivos a defender los suyos propios. Las particularidades culturales y nacionales se hacen necesarias al interior del liberalismo, además, como defensa del pluralismo. Una sociedad radicalmente cosmopolita rechazaría la pluralidad de identidades, acercándose, con ello, a la actitud iliberal (Walzer, 2022). Si bien el liberalismo protege a la persona en cuanto tal, no por ello olvida sus filiaciones. Por el contrario, en virtud de estas últimas brotan las diferencias, permitiendo al individuo desarrollarse en su especificidad, con certeza de que el principio de igualdad universal le otorgará reconocimiento más allá de sus posibles determinaciones identitarias.

El nacionalismo liberal pone en el centro de sus consideraciones la diversidad social, expresada con apremio en nuestros días en el problema de la inmigración. Nussbaum (2021) recupera, en este sentido, la noción rawlsiana de consenso por solapamiento. Con ella, busca dar cuenta de cómo grupos radicalmente diversos conviven en la nación liberal. Según esto, el liberalismo funcionaría más bien como un corolario de otras

doctrinas –módulo en terminología rawlsiana– y, en la práctica, como una actitud fundamental de respeto hacia los otros. Así, el nacionalismo liberal tendría que ajustarse a la diversidad de doctrinas –religiosas y políticas, esencialmente– en él interactuando, a la manera de una doctrina parcial, susceptible de adherirse a las primeras e imprimiendo en ellas una serie de principios gracias a los cuales todos los ciudadanos la adopten como propia sin abandonar sus credos específicos. Tales principios izados, por supuesto, en torno a la defensa de los derechos humanos y la igualdad en la dignidad humana, a través de cuyo consenso la pluralidad liberal constitutiva fluya sin dificultades. Como menciona Nussbaum (2021) “Respetar a nuestros conciudadanos significa respetar su elección de vivir sus vidas como quieran, con arreglo a sus propias doctrinas, siempre y cuando no invadan con ellos los derechos básicos de otras personas” (Nussbaum, 2021, p. 230). El asunto de la inmigración, por lo tanto, debería inscribirse en estas consideraciones. Ningún individuo que acepte dicho consenso, dentro de la nación liberal, puede ser excluido en razón de su pertenencia a un grupo étnico o religioso.

El rescate de la nación no viene dado solamente como afirmación de la diversidad. Redunda, también, en la superioridad práctica ostentada por ella frente a la comunidad internacional. Primero, al no poseer todavía, esta última, una capacidad institucional lo suficientemente robusta como para aplicar políticas concretas en términos de justicia o igualdad, requerimiento que sí cumplen la mayoría de los Estados-nación occidentales. Por otra parte, mientras que las democracias representativas nacionales permiten al ciudadano involucrarse en las decisiones de gobierno por medio del voto y otros mecanismos, la comunidad internacional “todavía no presenta niveles

aceptables de responsabilidad ante la ciudadanía” (Nussbaum, 2021, p. 234).

La dimensión internacional se hace necesaria en el liberalismo, no obstante, desde un punto de vista normativo. Es en ella, ciertamente, donde las demandas ciudadanas globales encuentran unidad y visibilidad, como sucedió, por ejemplo, con el movimiento feminista (Nussbaum, 2021). Asimismo, los valores compartidos por un cúmulo de Estados-nación requieren de los tratados internacionales para ser coordinados. A pesar de que, tales, sean reconocidos *de iure* mediante constituciones nacionales y aplicables solo gracias a políticas estatales internas. De este modo, como dice Nussbaum (2021), la sociedad internacional es concebida como un ámbito moral de persuasión y solo ocasionalmente una instancia política cabal.

De ahí la necesidad de utilizar dicho ámbito como una plataforma de promoción y defensa de los principios liberales ante la cada vez más agresiva embestida iliberal, ya incipientemente articulada de manera global, como vimos en el anterior capítulo de este trabajo. La ofensiva militar rusa en Ucrania ha puesto de manifiesto el carácter normativo de la comunidad internacional. Los Estados liberales se han organizado a través de los diferentes canales permitidos por aquella para garantizar la seguridad de occidente y la integridad territorial de Ucrania. Si bien iniciativas como la ayuda financiera y militar se han tomado de manera interna, en orden a las resoluciones parlamentarias de cada país, los organismos multilaterales tienen una repercusión moral en los *decision makers*.

El titubeo scholziano para enviar tanques a Kiev fue severamente criticado por la comunidad internacional, lo que en último término obligó al canciller alemán a ceder ante la iniciativa. Por otro lado, las resoluciones emitidas desde la





Organización de las Naciones Unidas han puesto en evidencia la vocación iliberal de algunos gobiernos occidentales, quienes mimetizan su desdén por el estatus de los derechos humanos y la soberanía nacional en Ucrania mediante abstenciones. Resulta inaceptable, pues, que países bajo el mando de líderes iliberales, como en el caso de Erdogan en Turquía y Viktor Orbán en Hungría, sigan formando parte de organismos como la OTAN o la Unión Europea. La membresía de ambos ha logrado entorpecer la agenda liberal de semejantes instituciones, por medio del bloqueo a Estados comprometidos con los valores democráticos como Suecia y Finlandia, o bien, la ambivalencia en cuanto a las sanciones a Rusia. Para el caso de América Latina, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños –CELAC– sigue dando la bienvenida a los autócratas regionales, encubriendo y solapando, con ello, las violaciones sistemáticas a los derechos humanos ejercidas desde La Habana, Managua y Caracas.

A modo de síntesis, la pertinencia del nacionalismo liberal se inscribe en la tensión particularismo-universalismo impresa en nuestro objeto de estudio desde, al menos, la consolidación de la hegemonía norteamericana en 1945. A partir de entonces, el proyecto liberal se ha relacionado con la cultura política estadounidense y no así con una actitud desplegable al terreno internacional (Freeden & Stears, 2013). Recuperar la nación liberal, sin embargo, cobra sentido como defensa de las identidades plurales y, en términos prácticos, como horizonte para la implementación de políticas concretas que aseguren el respeto por la igualdad en dignidad humana (Nussbaum, 2020). Ello no implica, en modo alguno, fragmentar los valores liberal-democráticos en tradiciones locales, ajenas y diversas, como si ser liberal significara algo distinto en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica. Por el contrario,

revalorizar al nacionalismo liberal atiende al cometido de garantizar los derechos fundamentales de las personas desde la comunidad política por excelencia, el Estado-nación. En donde, además, tales convicciones se vuelvan compartidas gracias a lazos emotivos como la amistad o el sentido de pertenencia (Nussbaum, 2020). Los organismos internacionales encuentran su lugar en este entramado por cuanto articuladores de aquellos anhelos difundidos desde los países, haciendo patente la existencia de una comunidad moral con alcances globales.

El proyecto liberal logró convertirse en el script más atractivo para occidente desde inicios de 1800 –extendido por Europa, Asia y América bajo la impronta de la Constitución de Cádiz– gracias a una promesa de universalidad en el respeto, igualdad y derechos; concebida y ensanchada luego de una interminable lucha: contra el absolutismo y la dictadura, pero también contra la exclusión y la violencia. Tal promesa debe ser sostenida acorde a sus pretensiones. El liberalismo, si quiere sobrevivir a las estocadas iliberales, acaso las últimas antes de la derrota final, necesita reinventarse, recrear sus ideas fundantes y propuestas prácticas. Todo ello junto una defensa internacional de sus valores; so pena de convertir la hegemonía imaginada en la hegemonía que nunca fue.

Cualquier defensa factible del liberalismo, con todo, no puede desarrollarse de manera estática. Esto es, con miras únicas hacia la superioridad práctica de lo defendido gracias a unos valores concebidos en la modernidad y configurados, supuestamente en plenitud, después de la Segunda Guerra Mundial. Es menester volver a nuestro objeto para rastrear sus falencias y contradicciones, reconociendo en ellas los ataques y demandas del enemigo en turno; no con la



finalidad de hacer concesiones a su proyecto, sino para ajustar el propio de acuerdo a la sociedad y la política realmente existentes.

En el camino, el liberalismo debe ser reformulado a través de la recuperación de conceptos hoy desplazados en su núcleo normativo y del replanteamiento de los medios posibles para efectuar las promesas de igualdad y autonomía. Reformular no implica, de ningún modo, perder la naturaleza del proyecto; por el contrario, significa afirmarla. Re-definir al liberalismo, ciertamente, no es otra cosa que definirlo. Para el script liberal, la interacción con sus objetores, así como la auto-reformulación en virtud de sus críticas y ataques, han sido un elemento constitutivo (Börzel & Zürn, 2020) y una forma de prevalecer frente a los rivales conservadores, totalitarios y, hoy, iliberales.

Aquí hemos esbozado la cuestión del nacionalismo, pero aún queda mucho por agotar. No solo conforme a lo anterior, sino en cuanto a la consideración de otros denunciados olvidos liberales de la identidad grupal: raza, género, religión. Es lícito, desde luego, reconocer en el derecho a asociarse voluntariamente de acuerdo a intereses políticos, económicos o espirituales uno de los más importantes logros del liberalismo. Todas las anteriores, sin embargo, son asociaciones involuntarias que prefiguran jerarquías sociales y, por lo tanto, se convierten en fuente de inequidad (Walzer, 2004). El liberalismo debe volver la mirada hacia ellas si desea mantener vigente la consigna según la cual todos los hombres han nacido libres e iguales.



## REFERENCIAS

Börzel, T.A. y Zürn, M. (2020). Contestations of the Liberal Script. A Research Program. SCRIPTS Working Paper Series, (1). Recuperado de [https://www.scripts-berlin.eu/publications/Publications-PDF/SCRIPTS-WP1\\_final.pdf](https://www.scripts-berlin.eu/publications/Publications-PDF/SCRIPTS-WP1_final.pdf)

Barber, L., Barker, A., & Foy, H. (2019, junio 28). Vladimir Putin says liberalism has 'become obsolete'. Financial Times. <https://www.ft.com/content/670039ec-98f3-11e9-9573-ee5cbb98ed36>

Fawcett, E. (2014). Liberalism. The life of an idea. New Jersey: Princeton University Press.

Freeden, M. y Stears, M. (2013). Liberalism. En M. Freedden, L.T. Sargent y M. Stears (Eds.), *The Oxford Handbook of Political Ideologies* (pp. 388-409). Oxford: Oxford University Press.

Krastev, I. & Holmes, S. (2019). La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.

Lasalle, J.M. (2020). El liberalismo herido. Reivindicación de la libertad frente a la nostalgia del autoritarismo. Barcelona: Arpa.

Laski, H. J. (2014). El liberalismo europeo. México: Fondo de Cultura Económica.

Nussbaum, M.C. (2021). La tradición cosmopolita. Un noble e imperfecto ideal. Ciudad de México: Paidós.

Schwartz, M., Varenikova, M., & Gladstone, R. (2022, agosto 27). Putin no cree que Ucrania sea un Estado independiente, pero la historia dice otra cosa. The New York Times. <https://www.nytimes.com/es/2022/08/27/espanol/independencia-ucrania-rusia-putin.html>

Traub, J. (2019). What was liberalism? Nueva York: Basic Books.

Varieties of Democracy Institute. (2022). Democracy Report 2022. Autocratization Changing Nature? Gothenburg: University of Gothenburg. Recuperado de [https://v-dem.net/media/publications/dr\\_2022.pdf](https://v-dem.net/media/publications/dr_2022.pdf)

Walzer, M. (2004). Politics and passion: toward a more egalitarian liberalism. Estados Unidos: Yale University Press.

\_\_\_\_\_. (2022, abril 1). Qué significa ser liberal. Revista Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=67075>